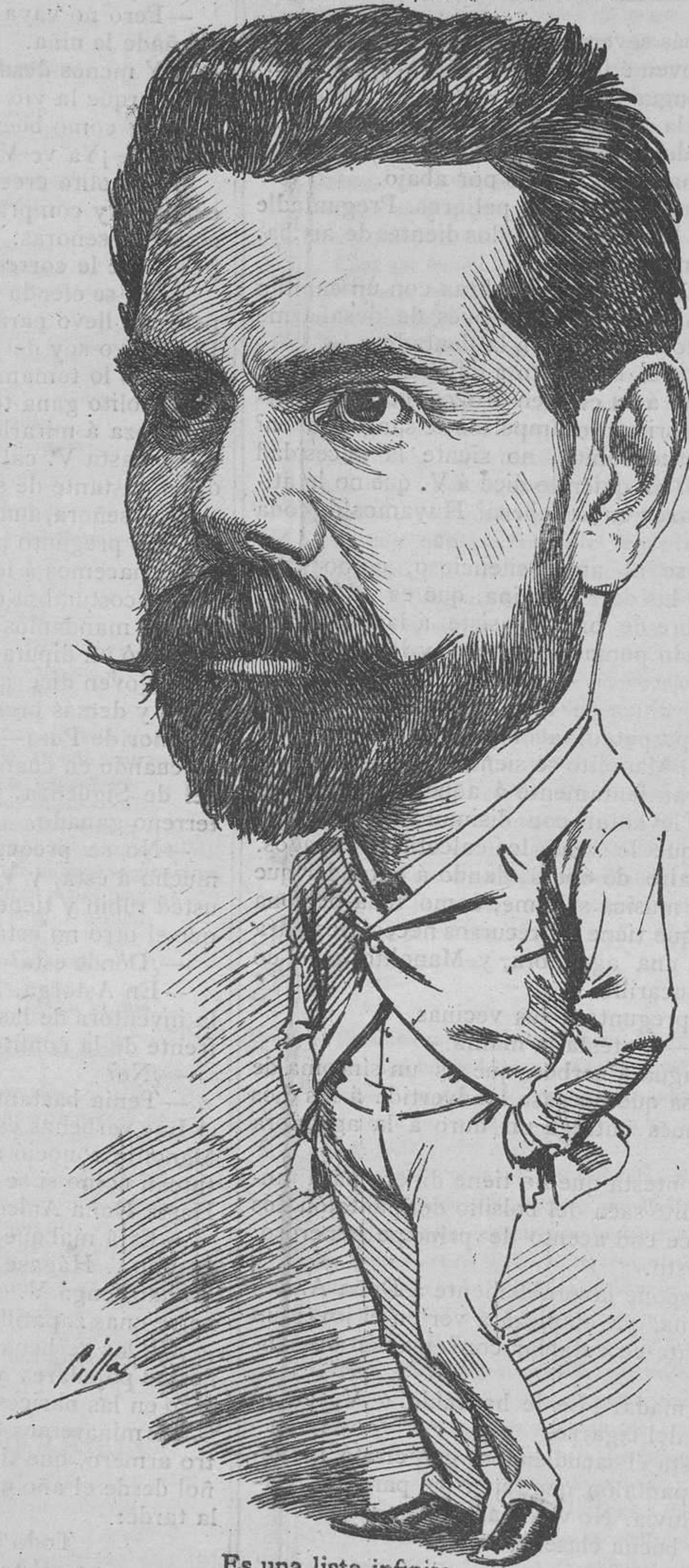


Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

AUTORES CÓMICOS
FRANCISCO FLORES GARCÍA



Es una lista infinita
la de sus obras mejores,
y... no echo flores á Flores
porque no las necesita.

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—La elefanta compasiva, por José Estremera.—Chulerías, por José López Silva.—La espada del perrillo, por José Zahonero.—Sin comentarios, por Sinesio Delgado.—La cremación, por José Jackson Veyán.—Peor que antes, por Luis de Ansorena.—Curro el zahareño, por José María de Luna.—Mi opinión, por Joaquín Miranda.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Francisco Flores García.—Pues señor...—Vaga melancolía, por Cilla.



Bien hacen los papás severos en maldecir las verbenas. El hombre, si es joven é impetuoso, no se para á meditar ni á atarse la lengua ni las cintas de los calzoncillos, y cuando llega la reflexión y trata de contener el desbordado torrente de sus deseos, observa con amargura que tiene todo el pantalón rozado por abajo.

Toda verbena es un semillero de peligros. Preguntadle á D. Atanasio dónde ha perdido los dos dientes de arriba, y os contestará melancólicamente:

—En una verbena. Tuve unas palabras con un capitán de la milicia, que era buñolero, y después de desafiarme me pegó con el cacillo del aceite en la dentadura.

El que va á la verbena dispuesto á divertirse, ya sabe que se expone á volver á su casa en trozos, como la merluza. ¿Quién puede reprimir los impulsos de sangre joven? ¿Quién, al ver un cuerpo bonito, no siente la necesidad de dirigirle un piropo? ¿Y quién le dice á V. que no le aticen un par de garrotazos en la cabeza? Huyamos de toda manifestación pública.

Vale más dedicarse al amor silencioso, como hace Manolito, el chico de las de Purpurina, que es un calavera con capa de hombre de bien, y asiste á las verbenas con el pelo chorreando pomada de rosa y las uñas brillantes como espejos.

En cuanto ve una chica de esas que tienen cara de bondad y de cocido perpetuo, acompañada de una madre sencilla, pero fea, Manolito se sienta á su lado con el propósito de enamorar lentamente á aquella infeliz. Lo primero que hace es levantar con disimulo la campana del pantalón, para que le vean los calcetines rayados. Después, tararea un aire de ópera, dando á entender que está empapado en la música sublime, como toda persona de buena familia, y que tiene los recursos necesarios para asistir al Real. Pasa una aguadora, y Manolito pide un vaso de agua con azucarillo.

—¿Gustan VV.?—pregunta á sus vecinas.

—Tantas gracias,—contesta la mamá.

Manolito bebe el agua á sorbos, que es un síntoma de buena educación, cosa que no pasa inadvertida á los ojos de las damas. Después entrega un duro á la aguadora para que cambie.

La buena mujer contesta que no tiene dinero para tanto, y entonces Manolito saca del bolsillo del pantalón dos perros grandes, y dice con acento de príncipe generoso:

—Guarde V. el resto.

Aquel rasgo predispone favorablemente á Doña Aniceta, la mamá de la niña, que empieza á ver en el joven un «buen partido,» y trata de entablar conversación buscando un pretexto.

—¡Ay!—dice alarmada.—Se le ha caído á V. en el pantalón una chispa del cigarro.

—Gracias—contesta él sacudiéndose con cierta indiferencia.—Este es un pantalón que tengo yo para las verbenas y los días de lluvia. No vale nada.

—Pues es de muy buena clase.

—¡Pchs!...

La conversación se va animando poco á poco, y el joven, que tiene mucha costumbre de amar, pronuncia al oído de la joven media docena de palabras galantes. Ella

se ruboriza, pero escucha, y al fin, procediendo con dignidad, porque es muy decente, hace esta declaración en voz baja:

—Tiene V. mucha simpatía y se ve que es persona regular; pero no debo ocultarle que estoy en relaciones con un chico de Sigüenza.

—Sí—interrumpe la mamá, que lo ha oído todo.—A nosotras no nos gusta engañar á nadie. Esta le dijo que sí, porque él está de huésped en casa de una amiga, que no es que tenga huéspedes, sino que se ha quedado viuda, como quien dice, porque su esposo ha salido un pillo, y en vista de esto, admite un caballero ó dos, con asistencia ó sin ella; y nosotras vamos allí por las noches, y él empezó á tontear con ésta, hasta que se le declaró una tarde mientras yo estaba en el comedor escribiendo una receta para los dolores de costado.

—Pero no vaya V. á creer que hay compromiso formal—añade la niña.

—Y menos desde que quiso pegarle á ésta con una badila porque la vió hablar con el asistente del piso de arriba, que como buen andaluz es muy gracioso—replica la mamá.—¡Ya ve V. qué falta tan grande!

—Manolito cree que la conquista no ofrece serias dificultades, y compra un bollo de canela para obsequiar á aquellas señoras. La mamá envuelve en el pañuelo la parte que le corresponde, no sin decir antes:

—No se ofenda V. porque no lo coma ahora mismo, pero lo llevo para mojarle en el caldo de la ensalada... Porque yo soy del mismo Porcuna, provincia de Jaén, y allí todo lo tomamos con aceite.

Manolito gana terreno en el corazón de la joven, que comienza á mirarle con ojos de anguila moribunda.

—¿Gasta V. calzoncillos?—dice la mamá aprovechando un instante de silencio.

—Sí, señora, aunque me esté mal el decirlo—contesta él.

—Lo pregunto porque nosotras cosemos para afuera y se los hacemos á lo mejor de Madrid. Romero Robledo no se acostumbra con nadie más que con nosotras, y ayer le mandamos á San Sebastián media docena, que se los llevó un diputado provincial de su partido...

El joven dice que se someterá gustoso á los calzoncillos y demás prendas interiores, á trueque de conseguir el amor de Pura—porque la chica se llama Pura;—pero de cuando en cuando acude á su imaginación el recuerdo del de Sigüenza, y teme perder en un minuto todo el terreno ganado.

—No se preocupe V.—dice la mamá.—Yo conozco mucho á ésta, y V. le ha sido muy simpático, porque es usted rubio y tiene V. muy buena conversación. Además que el otro no está ahora en Madrid.

—¿Dónde está?

—En Astorga. Ha ido á conocer á una tía suya, que es la inventora de las mantecadas; y quiere ver si le pone al frente de la confitería, porque él no tiene nada.

—¿No?

—Tenía bastante; pero se lo comió todo un tutor.

Las verbenas estrechan de tal suerte las distancias, que Manolito conoció á Pura la víspera de San Pedro y hoy se tutean como si se hubiesen nutrido en el mismo seno. Hasta Doña Aniceta le dice cariñosamente:

—Está mal que yo lo diga, pero le quiero á V. como á un hijo... Hágase V. la cuenta de que está en su casa, y cuando tenga V. calor, quítese la levita. ¿Quiere V. ponerse unas zapatillas mías?

¡Oh las verbenas! La juventud atrevida abusa de estas fiestas populares y el que no saca novia, saca un puñetazo en las narices ó un cólico de buñuelos.

Terminaremos con unas aleluyas originales de un maestro armero, que tiene un drama presentado en el Español desde el año 56, y además versifica los domingos por la tarde:

Todo joven que asiste á la verbena
no asiste á cosa buena;
y el que quiera evitar un accidente
no pruebe los buñuelos mayormente.

LUIS TABOADA.

LA ELEFANTA COMPASIVA

FÁBULA INGLESA

Yendo por un camino una elefanta muy tierna, muy piadosa y bien nacida, aplastó distraída á una pobre perdiz bajo su planta. Al ver su distracción, muy afligida, sin buscar lenitivo en su inocencia, sintió dolor horrible y gran remordimiento de conciencia. —¡Ay, infeliz señora— dijo entonces llorando amargamente— ¿Por qué, por qué en mal hora hacia aquí me condujo hado inclemente? Ya sin su madre ¡oh cielos! ¿qué harán los infelices pequeñuelos sino llorar en vano, esperando el sustento cotidiano y las santas delicias que nos dan de una madre las caricias? ¡Ay! yo no me perdono que los pobres hijuelos que la esperan por culpa mía mueran de ayuno, de miseria y abandono. Después, entre unas matas escondido, halló de la perdiz el triste nido con huevos, cuyos tiernos cascarones pronto al calor materno se abrirían, y piando saldrían á ver la luz del sol los perdigones. Entonces exclamó tierna y llorosa: —Pues que por mí se ven desamparados, seré segunda madre cariñosa para estos huerfanitos desdichados.— Y diciendo y haciendo ¡alma sencilla! por darles el calor apetecido se sentó sobre el nido... ¡y de los huevos hizo una tortilla!

Moral.—Es una máxima inconcusa constante y verdadera, que no puede á cualquiera confiarse el cuidado de una inclusa.

JOSÉ ESTREMER.

CHULERÍAS

—¿Y sus divertisteis?
—¡Chico, corrimos la primer juerga! Verás; yo me la encontré la otra noche en la prazuela de Antón Martín, y la dije: «Me se ha puesto en la cabeza que yo y tú tenemos que ir un domingo de merienda;» y ella, que ya ni debía de mirarme *tansiquiera*, porque la *verdá* es que yo me he *portao* muy mal con ella, dijo... dice:—Pues ya sabes que yo voy donde tú quieras. En total, que nos *citamos pa* ayer á las tres y media junto al cuartel del Rosario; *tomemos una manuela*, le dijimos al cochero que nos llevase á las *Ventas*, y en aquel ventorro que hay según se va á la derecha, cojimos dos *violinas* de las de primera fuerza. *Ná*, que se pasó la tarde; por supuesto, con decencia, porque eso sí, la Juliana será *tóo* lo que se quiera y tendrá si á mano viene tal *ú* cuál costumbre fea, pero tocante á honradez yo sé *mu* bien quién es ella.

—*Gachó, miá* que *tiés* partido con las mujeres. Y que esa es de *buten*.
—Ya lo creo que lo es. Dí que si no fuera porque *tié* tan *señalaos* los hoyos de las viruelas y porque es algo *tartaja*... ¡vamos, que habría que ver! Dentro de un mes va á casarse, según dicen malas lenguas, con ese chico albardeero *concuñao* del *Gallinejas* que la *tié depositá*.
—¿Dónde?
—En su casa.
—¡Quisiera! ¡Miá que en su casa!
—Pues claro, como que vive con ella.
—Entonces ya *pués* decir que *habís chafao*.
—No lo creas, porque en cuanto que le encuentre, mas que esté *casá* de veras nos *citamos* otra vez, cogemos una *manuela*, le decimos al cochero que nos lleve hasta las *Ventas*, y yo entiendo.
—Vamos, *ná*, que sus mamáis la *gran juerga*.

J. LÓPEZ SILVA.

LA ESPADA DEL PERRILLO

I

Has de saber, amor mío, que anoche soñé. La magia de los sueños tiene un secreto que jamás nos será dado descubrir. Cuando el cielo negro y tachonado de estrellas ó trasluciente por la

vagorosa claridad de la luna se llena de misteriosa poesía, nosotros gozamos de ese anticipo de descanso que nos hace la muerte para que nos sea posible soportar la vida; entonces un cambio de ideas puede ser resultado de un cambio de postura en el durmiente; dicen los sabios que muchas veces la relajación gradual ó la brusca contracción de los músculos á consecuencia del rudo ejercicio que hicimos despiertos motivan esas aparentes ascensiones á las alturas ó deslizamientos y caídas en profundidades insondables que ocurren en nuestros sueños... ¿quién puede creerlo?

Me hallaba dormido, y á merced de un sueño laborioso, sin duda porque corría tumultuosa y rápidamente la sangre por mi cerebro, se engendraban en él ideas confusas, incoherentes, transitorias y atropelladas... Hervía el casco cerebral como una marmita puesta al fuego... pensaba haciendo burbujas, imaginaba en vaporosas exhalaciones; la imaginación es una razón acelerada, el delirio es un rebosamiento, una esparramadura de ideas después de una ebullición á muy altos grados de calor...

Lo recuerdo cual si lo hubiera visto, creo tener ante mis ojos la faz pardusca y terrosa del desgredado y viejo *zingaro* que hubo de venderme la espada. Asomada á la ventana de una de las casitas de *juguete* que hay en la *judería* de Toledo, ví el rostro moruno de una *chavalilla* que me miraba fijando en mí sus grandes ojos, que con ser negros como la noche, eran brillantes como estrellas... Allá se ofrecían lejanos contornos, siluetas difusas de torreones y minaretes, lo rico, severo y lujoso de San Juan de los Reyes; acullá, é inundado de rayos de sol, un pradezuelo en el cual picoteaban, ostentando sus plumajes con visos rojizos y brillantes, algunas gallinas y un caballeresco gallo, de cuello en arco, pico agudo y corto y cresta pomposa de color de sangre.

Creo que fueron trescientos setenta y tantos céntimos lo que hubo de costarme la espada. Los *tuve de contar* pasándolos uno por uno de esta á la otra mano, y poniendo el montón en las callosas y ásperas del gitano prendero. ¡Trato hecho!

¡Una espada! ¡Una magnífica espada! ¡Una flexible aunque mohosa, una venerable y nobilísima espada! ¡Arma romántica y caballeresca! Si vieras, amor mío, cuán feliz hubé de sentirme... la escondí bajo mi capa española... Tenía miedo, miedo pueril, miedo á los que, según el poeta, prefieren las rosas á las fresas, no por el color ó el aroma, sino porque se las comen; ¡estos tales podían convertir una gloriosa espada en eje de asador!

La hoja toledana, era de las de marca de *Perrillo*, del afamado Julian el Morisco, Julian del Rey; tan célebre como los Alonsos de Caba, de los Ríos y de Sahgenis, los Juanes, los Domingo y tantos otros insignes espaderos de la imperial ciudad.

Apreté convulsamente su empuñadura, sentí entonces un choque eléctrico, una violenta sacudida que me produjo calofrío y profunda conmoción... ¿Quién lo duda? Poseía un tesoro.

La luna había sucedido al sol, y aparecía en un cielo nacar azulado; la blancura de la luna en la diafanidad del cielo, era como la de una perla en el fondo de su concha alba con visos rosáceos. Brillaban mil puntitos de luz de oro en el inmenso espacio. El Tajo se hallaba engalanado con cintillos y escamas refulgentes; se oía el ruido cadencioso y continuo de las espumosas ondas sobre las rompientes; la montuosa ribera llena de sombra ofrecía en la espesura de los árboles y del apretado bosque inesperadas sorpresas de luz que aparecía aquí y acullá con traviosos contrastes, fugitiva y melancólica.

II

Tuve un capricho de loco-poeta, blandir mi espada, hacer con ella molinetes á la luz de la luna, sacar de aquel acero de Mondragón, de aquella hoja ya cuasi del todo ennegrecida, algunas chispas y centelleos.... ¡Ah, pero tenía en mi mano.... lo que en mi sueño *con absurdas palabras* llamé *espada fósil*.... *rayo apagado*!

No obstante ¿qué secretos estímulos me invitaban al heroísmo? ¿A qué aventura quimérica de soñador ambulante, es decir, de sonámbulo, me disponía, en medio del intrincando laberinto de aquellas calles de Toledo, que como ya te he dicho, Enriqueta, están dispuestas con toda la travesura de la gracia y toda la malicia de la extrategia? ¡Oh, al fin me dieron ganas de echarme á llorar! ¿Qué hacía yo, manteniendo con débil pulso, corazón medroso y febriles ilusiones.... aquella pesada espada española?

Eran enfadosos los aspectos que se ofrecían á mi vista, desde las caprichosas casitas toledanas, aquellas casitas de poca altura, ventanas moriscas, pórticos feudales, zaguanes de mesón, portones de templo ó de palacio, corredores ó plazas para zambras y cañas, y en fin la magestuosa torre de la catedral, cuyos magníficos y severos contornos iban desvaneciéndose á la mágica luz de la luna.... ¡Oh Toledo, ciudad de mis sueños! Preveía combates en aquellas encrucijadas, chocar de aceros ó dulces píos de besos, un artero golpe de puñal de una mano que os hiere por la espalda ó el dulce contacto de otra blanca mano que nos es dado estrechar á través de las rejas....

PUES SEÑOR.....



Este era un habitante de la Luna tan sabio como desconocido, que se pasaba la vida estudiando que te estudia,



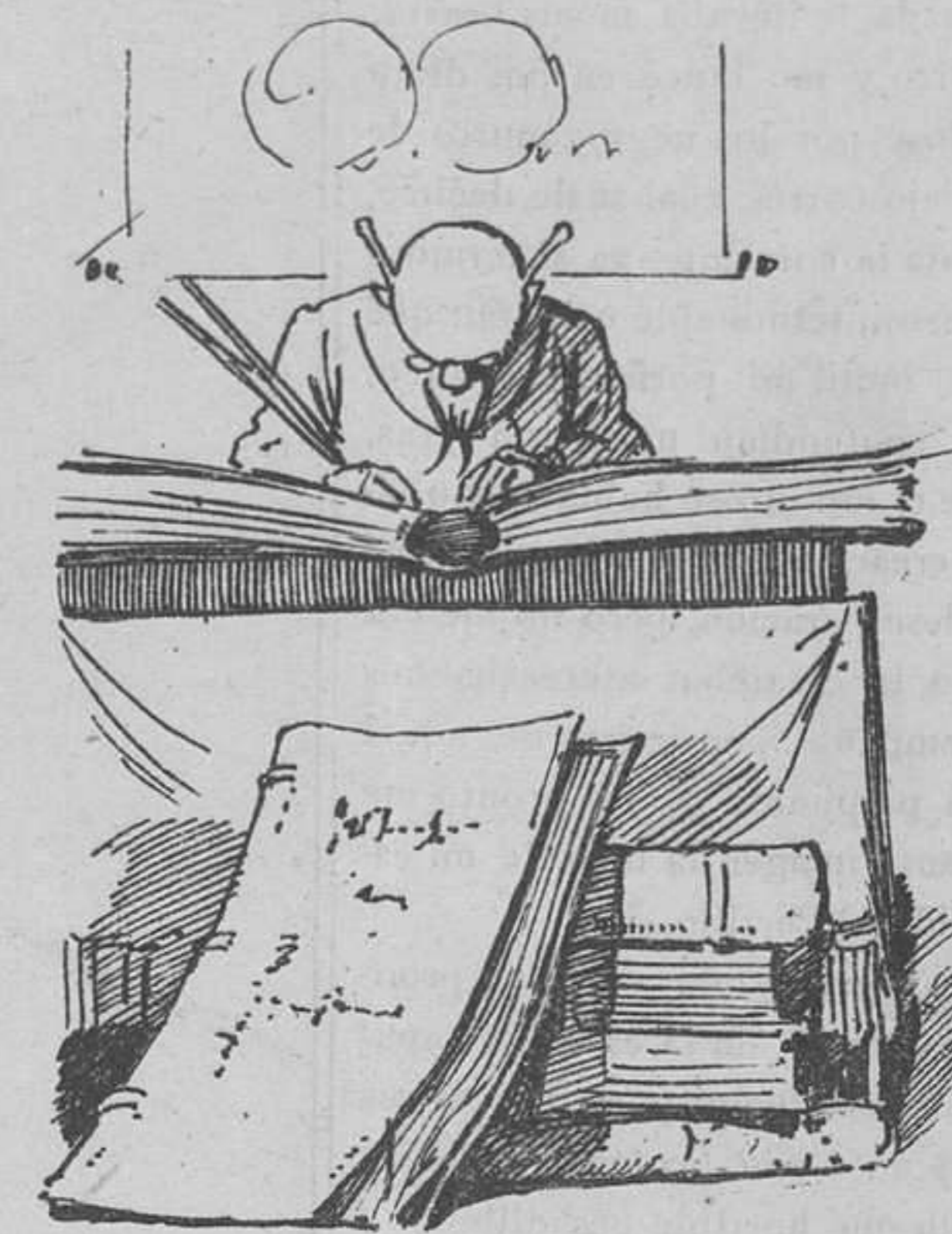
y que provisto de un antejo de su invención examinaba la Tierra durante la mayor parte del día



y la mayor parte de la noche.



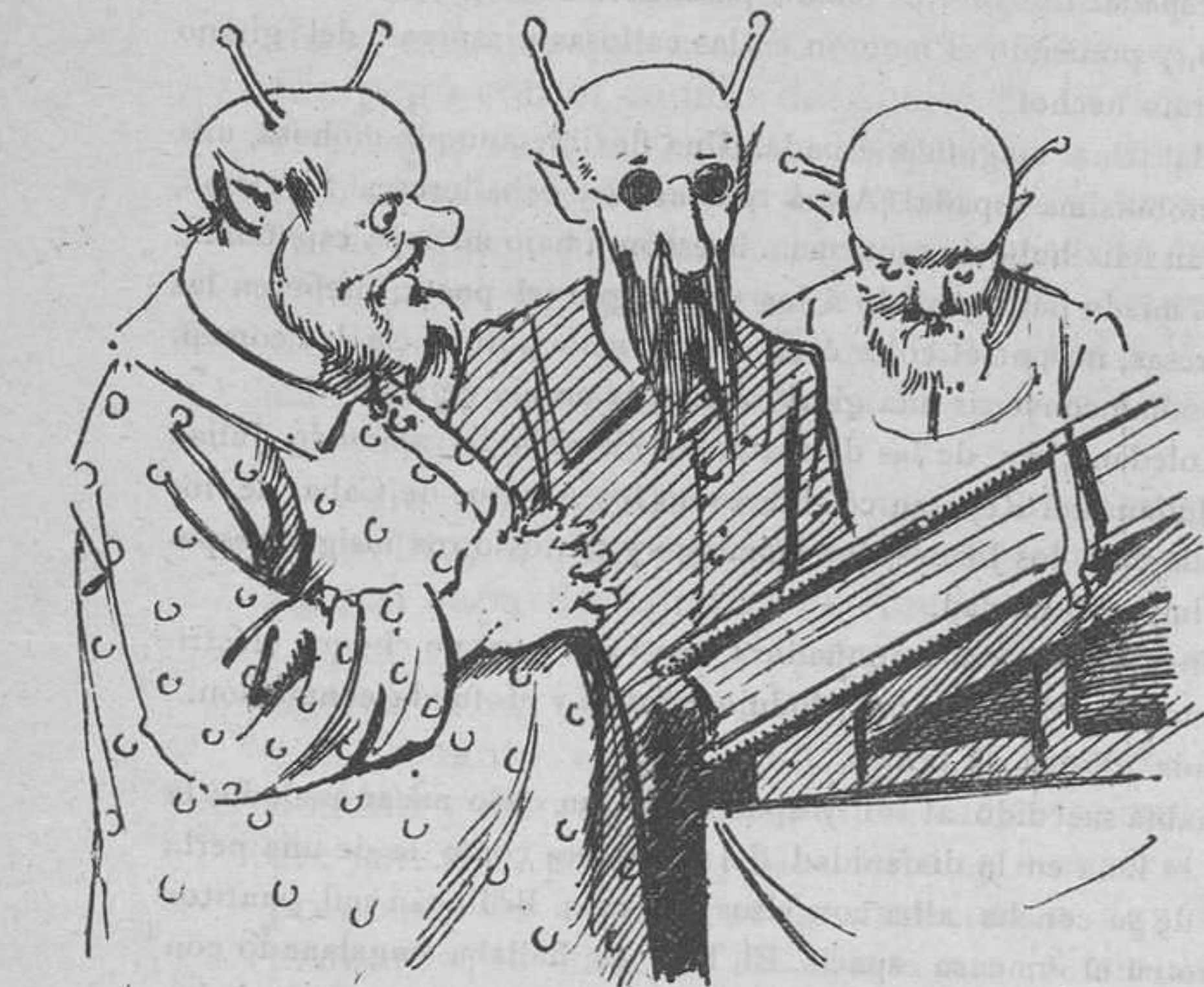
Al cabo de mucho cavilar



se decidió a escribir sus observaciones razonándolas perfectamente.



Y una vez terminado el libro le presentó humildemente a la Academia más acreditada de la Luna.



La cual Academia nombró una comisión que lo estudiase con el debido detenimiento.



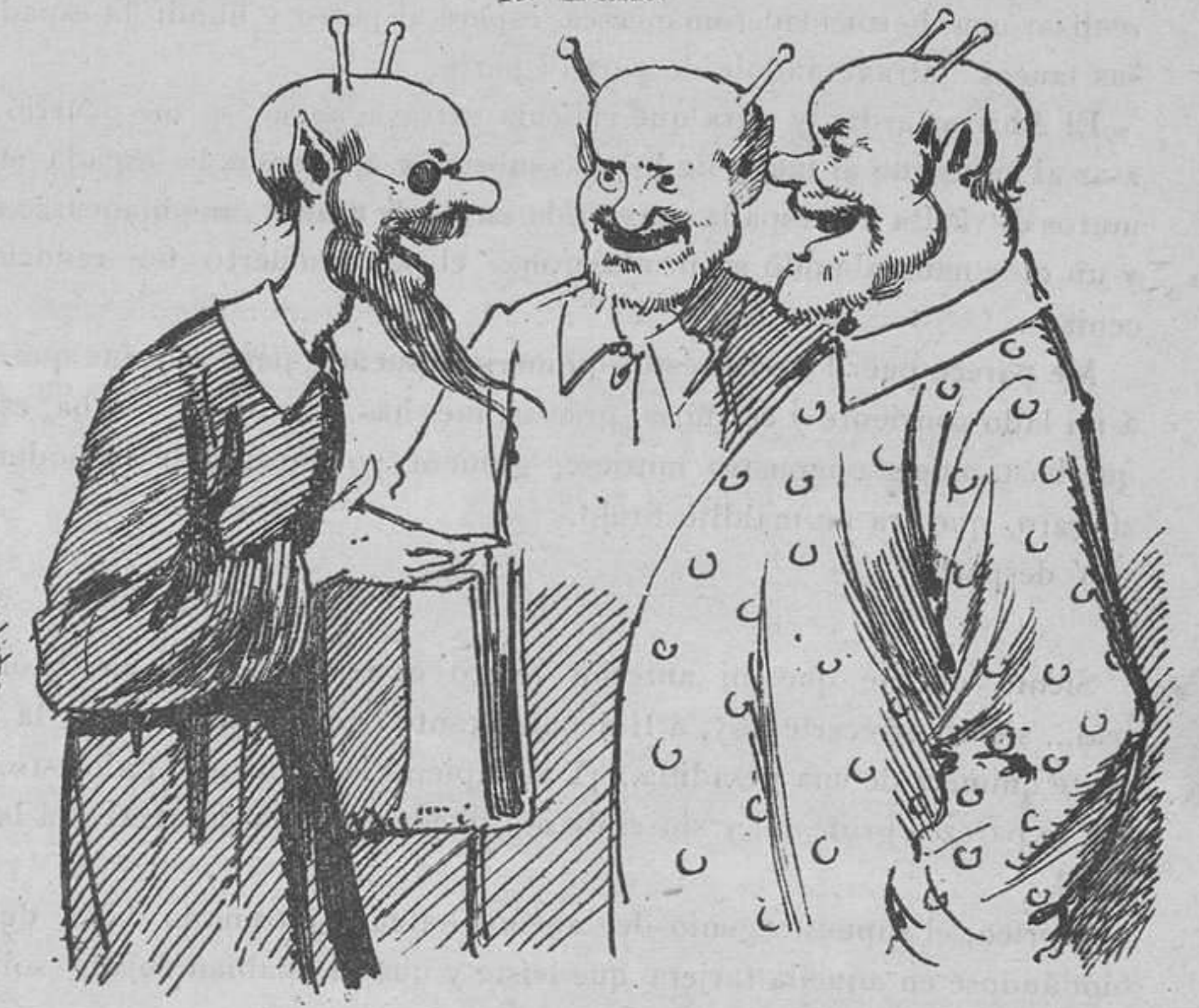
Y la comisión nombró un ponente que enseñado puso manos a la obra.



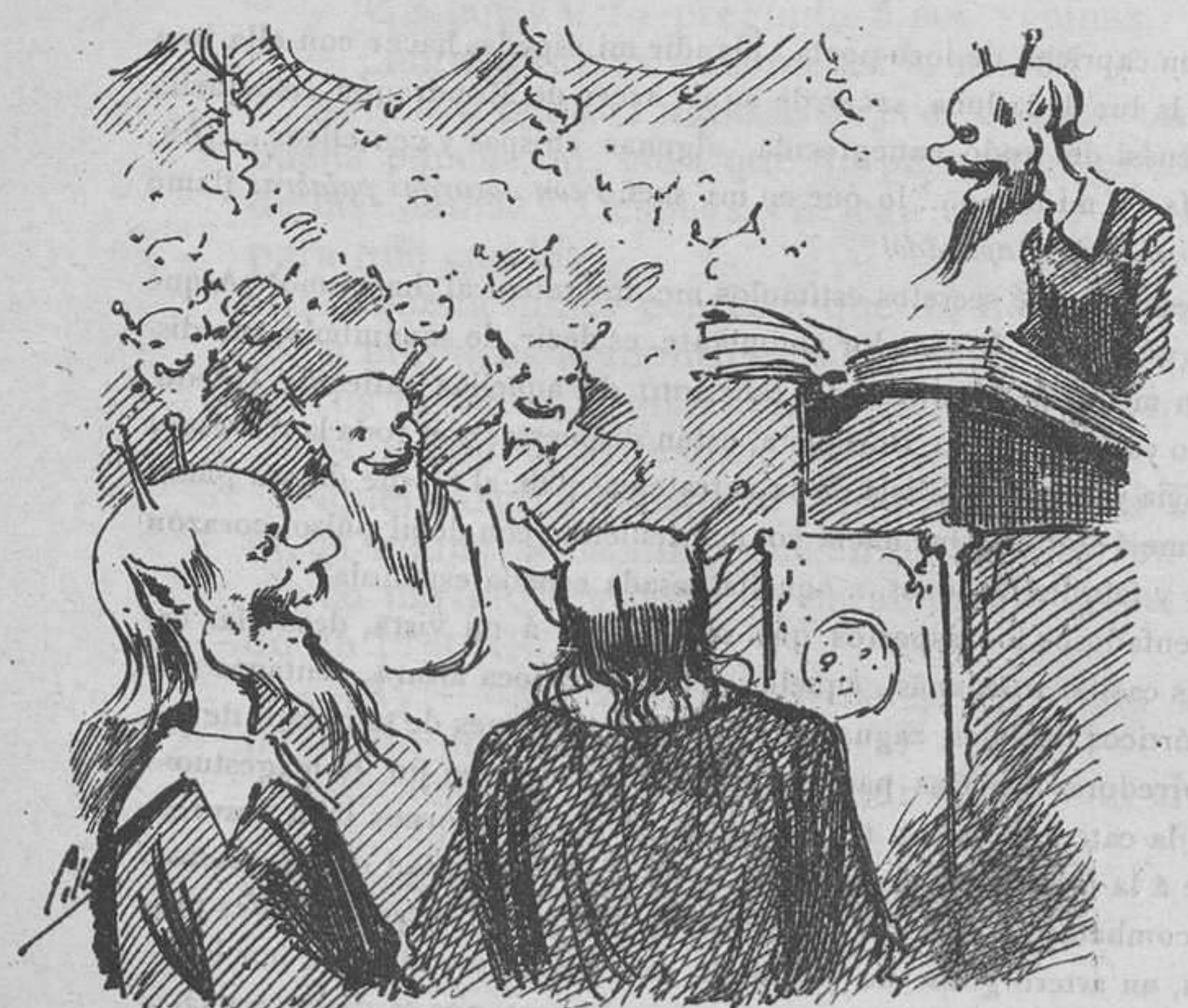
A las primeras páginas ya no pudo contener la risa.



Y a medida que avanzaba en la lectura las carcajadas eran más estrepitosas.



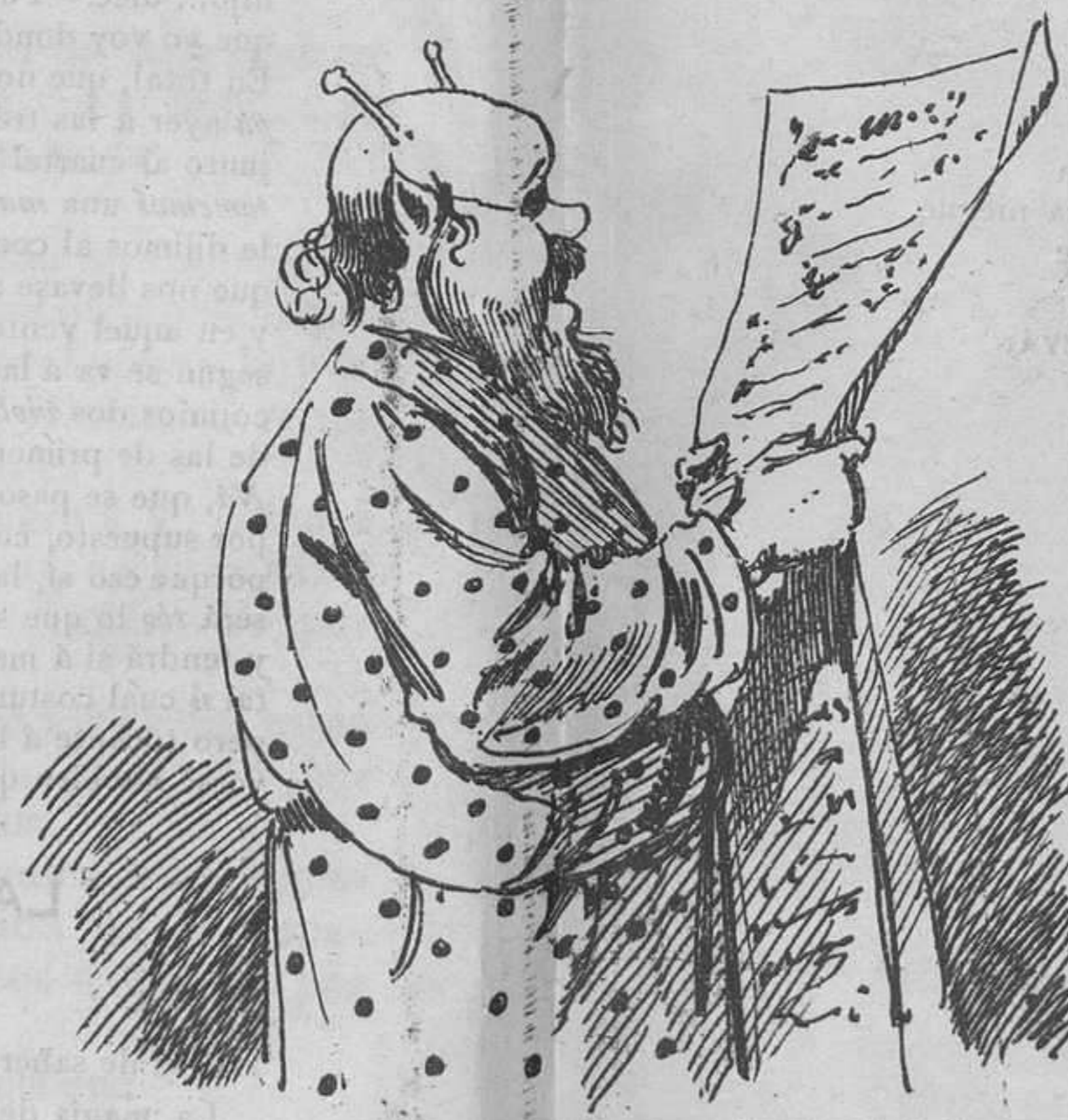
Al dar cuenta a la comisión, todos los individuos se rieron también a mandíbula batiente.



Y lo mismo le pasó a la Academia en pleno. Como que el sabio pretendía sostener en su libro la posibilidad de que la Tierra estuviese habitada.



Por cuyo disparate manifiesto hubo de reconocerle un célebre alienista.



Que en un luminoso informe demostró la perturbación de las facultades mentales del sabio.



El cual fué, a viva fuerza, encerrado en un manicomio.



Y allí está, pudriéndose en una jaula.

¡Ah! el gitano que me había vendido la espada, te llevaba en sus brazos, tú eras la chavalilla morena... pedías socorro y me lancé en pos de tu raptor, crucé esta calle, él escapó deslizándose por los negros muros de otra. ¡Oh qué afán, y qué rabia; el maldito viejo corría, cual suele decirse, como pluma al viento, como hoja que arrebatada la corriente; ya al término de un sombrío pasadizo, desapareció por otro interminable callejón; qué agónico deseo; era incesante mi persecución, inútil mi porfiado esfuerzo; aquellas calles no daban á parte alguna, se confundían unas con otras, revuelta y complicada red; hubiera dicho que el infinito se había hecho laberinto, que á Dios se le había enredado la creación entre las manos... te veía momentáneamente lanzando gritos de desesperación, pero no me era dado alcanzarte... Un sudor frío, frío como la escarcha, atezaba mis músculos; no hallaba término mi fatigoso empeño... en ir tras de aquel monstruo, espada en mano y con el corazón palpitante... De pronto me detengo y miro á la luz del farolillo de una santa imagen la hoja de mi espada... se hallaba sin marca, había desaparecido el Perrillo...

Quise ponerme de nuevo en porfía por rescatarte, y me sentí de pronto sobrecojido de espanto; por uno de los extremos de la callejuela apareció un perro con los ojos encandilados, echando fuego por ellos; ví sus fauces amenazadoras; se lanzó sobre mí... y un terror profundo me hizo correr de miedo por aquellas callejuelas... ¡Oh qué horrible pesadilla!

¡Doquiera que iba por allí asomábase siempre el terrible animal!

¡Monstruosa aberración del sueño!

¡Ánimo,—me dije—ese es el perrillo que se ha escapado de la espada; habré de acometerle con ella... Y cual caballero de la leyenda que va á realizar una heroicidad romancesca, esperé al perro y hundí la espada en sus fauces... atravesándole de parte á parte...

El Alcázar ardía, y mira qué ridícula extravagancia: se me ocurrió ir á asar al monstruo al fuego de los escombros, y apoyando la espada en los muros dí vuelta á la espada convertida en eje de asador; una blancuzca nube y un olor nauseabundo se produjeron... el perro muerto fué reducido á cenizas...

Me parece pueril narrar estos quiméricos sueños, pero ello fué que te ví á mi lado sonriente y cariñosa: gracias, me has rescatado; estaba escrito que hasta que ese monstruo muriese, gimiera yo encantado en poder del zingaro, que era un maldito brujo.

Y desperté.

III

Siento decirte que mi anterior relato es resultado de un fenómeno real... siento ofrecerte hoy, á tí á quien tanto encanta la verdad, la delirante quimera de una pesadilla... ¡Y si supieras la lógica de todo esto... tal vez te parezca grotesca, y sin embargo obedece á la naturaleza y á la realidad...

Morfeo, el supuesto genio del sueño, había conformado tales delirios fundándose en aquella tarjeta que leíste y que me habían dejado sobre la mesa de trabajo:

«Bernardo Espada

se despide para Toledo.»

Tal vez el perrillo de mi cuento-sueño sería el que hubo de ladrarnos hace pocos días y que tanto te asustó que me ví obligado á sacar el estoque de mi bastón... Hé aquí la psicología de un sueño como otro cualquiera.

JOSÉ ZAHONERO.

SIN COMENTARIOS

I

—«¿Quieres que te presente á Nicolasa, bailarina, que ha sido, pero que hoy tiene coche y tiene casa que cuesta, por más señas, un sentido? ¡No seas inocente, mi querido Vicente! ¿Cómo, si sabes ya que es cosa mía, te atreves á pedir que te presente para hacerme cualquiera picardía? Comprendo que te guste, y no me asusto, pues prueba que en materia de mujeres hay otro ciudadano de mi gusto, puesto que yo la quiero y tú la quieres... Es decir, no la quiero, pero si vive bien y está elegante me cuestan esos lujos el dinero, y no he de traspasársela al primero que pretenda ponérsela delante. Porque, vamos á cuentas: tú pretendes, valido de esa amistad que siempre hemos tenido

(aunque, si he de ser franco, me revientas) que yo te lleve á casa de *nuestra* encantadora Nicolasa, para entrar como amigo verdadero, elogiar su sandunga y su salero y á poco tiempo de pasar la raya irte tú solo cuando yo no vaya. ¡Y quieres que yo mismo y á la vista te ceda *brevi manu* mi conquista! Pues hijo, yo no soy de esa madera, y no podría hacerlo, aunque quisiera. De modo que, si quieres, puedes hacer el oso y ofrecerla diamantes y alfileres... en fin, el plan eterno y fastidioso con que se pone cerco á las mujeres. Que de mi cuenta corre, si me entero, el quitarte en seguida los humos de Tenorio callejero para todos los días de tu vida.»

II

«Mi querido Vicente. De hoy no pasa. Resuelto á retirarme de los vicios, te presento... y te cedo á Nicolasa si me abonas los daños y perjuicios.»

SINESIO DELGADO.

LA CREMACIÓN

En bien de la ilustración, debe al progreso ajustarse la humanidad, y adoptarse eso de la cremación.

Si lo meditas, verás que es muy antiguo, por cierto, lo de *levantar un muerto*, y lo del *entierro* más.

Con las costumbres de ahora de gastos hay un derroche. ¿Se muere un amigo?... El coche hasta la tumba traidora.

Yendo al campo á *pasear* se hace gana en el momento, y hasta *el mismo sentimiento* le obliga á uno á merendar.

Aumenta nuestros apuros el que tal costumbre impere. ¡Cada amigo que se muere *me sale* por cinco duros!

Pues, y el traje de *camino*?... ¡La mortaja!... ¡Hábito odioso! ¡Un difunto está horroroso vestido de capuchino!

¿Y de uniforme?... ¡Qué horror! ¡El ros sobre la *maleta*! ¡Pues y de frac?... La etiqueta en un muerto aún es peor.

El progreso me electriza con su destello fecundo. ¿Qué es la muerte? Polvo inmundo. Pues troquémosla en ceniza.

Yo encuentro de más provecho la calcinación postrera. ¿Se muere uno?... ¡A la caldera, y ya está el entierro hecho!

El fuego no deja huella y al más grande carboniza. ¡Un César, hecho ceniza, se encierra en una botella!

La igualdad, santo derecho, gana con la cremación. Nada de regio panteón ni de humilde nicho estrecho.

Por el método ilustrado al que muere se le abrasa, y el muerto se queda en casa en un frasquito encerrado.

¡Qué recuerdo de dolor tener un yerno á su suegra en una redoma negra encima del velador!

Sin olvidarla jamás, decir con pena inaudita: «¡Aquí está *la pobrecita*!... que ya no me aburre más.»

Si esto llega á ser corriente, como al cabo lo será, la industria utilizará la ceniza de la gente.

Con polvos de trovador que harán el incienso infiero. ¡Con ceniza de usurero saldrá un betún superior!

Que será de hermoso brillo y negro, salta á la vista. Con polvos de fusionista harán unguento amarillo.

También, del fuego á la acción, dará grasa el cuerpo humano. ¡*El aceite* ultramontano servirá para el velón!

Arderá con gran trabajo. De grasa conservadora harán *manteca* incolora, para *tostadas de abajo*.

De la moderna invención no hay quien la importancia niegue. ¡Tengo ganas de que llegue *eso de la cremación*!

JOSÉ JACKSON VEYÁN.

PEOR QUE ANTES

I

—¡Curiosa!... ¿Por qué quieres conocer de mi amor la triste historia?... Viendo mi actual severidad ¿no infieres que renuncié á la gloria de minar la virtud de las mujeres? ¿Y no ves que al hablarme del pasado aún siento la atracción de aquel abismo, lo cual casi es lo mismo que hacer la apología del pecado? Pasas lista implacable á mis excesos y nombras á Mercedes... una loca que llevaba en la boca una colmena de vibrantes besos. La que haciendo del grito su lenguaje se entregaba á sublimes expansiones

con la ruda franqueza del salvaje
que no ve más allá de sus pasiones.
Cuando pienso en la espléndida belleza
de la mujer á la que quise un día,
yo siento todavía
latigazos de fuego en la cabeza...
¿Lo ves?... ¡Si al recordar lo sucedido
pones en loca ofuscación mi alma!...
Tú me has sacado de mi dulce calma
como se saca un pájaro del nido.
¿Y qué has adelantado?
Ella y yo no podemos estar juntos...
Yo soy un hombre honrado...
¡Mercedes del Castillo se ha casado!
¡Dejemos, pues, en paz á los difuntos!

II

¡Vaya!... Tienes razón; será un ultraje,
mas toda fuerza la pasión derrumba...
¡Saqué al fin aquel muerto de su tumbal...
¡Y sigue tan salvaje!...

LUIS DE ANSORENA.

CURRO EL ZAHAREÑO

A la orilla de una bota
de las que á Jerez dan viso,
trasegando de lo bueno,
maldiciendo de lo lindo
é hiriendo de pie furioso
el tabernario recinto,
está Curro el zahareño
haciendo temblar á Cristo.
Mira foso al auditorio
que le escucha embebecido,
el corazón en un puño
y el alma puesta en un hilo,
y acariciando un *flamenco*
que lleva colgado al cinto,
levanta ronchas de miedo
en los oyentes sumisos.
Su torpe lengua refiere
episodios del presidio
en narración pintoresca
de color algo subido,
y con chistes truhanescos,
que dicta elocuente el vino,
va salpicando el lenguaje
prestándole colorido.
El recuerdo de otros tiempos
es el tema favorito
con que el paladar regala
de los que acuden á oírlo,
y su memoria atesora
en confuso laberinto
peleas y bofetones,
cuchilladas y homicidios.

Poeta á ratos, parece
cantor épico del vicio,
encontrando lira y trompa
en el mango de un cuchillo;
siendo forzado escenario
de sus bravos sucesos
la manebía ó la cárcel,
la taberna ó el garito.
El repertorio apurado
le saca fuera de quicio,
y por crear anhelante
sufre el cerebro martirio;
estruja el negro chicote
que, para arder no propicio,
en los sucios labios preso
lanza angustioso chirrido;
alza la caña grasienta,
escupe por el colmillo
y envuelto con la saliva
arroja un blasfemo dicho;
pues contra Dios y los santos
dirige Curro los tiros,
que á ser de un carro, pudieran
ser adorno de sí mismo.
Así el pecho desahoga
quien lo suele ahogar en tinto,
y limpia el cerril cacumen
renegando del que lo hizo;
siendo por error de fecha
y por burdo anacronismo
de los valientes de antaño
el degenerado tipo.

JOSÉ MARÍA DE LUNA.

MI OPINIÓN

Me has preguntado ¡local!
á qué me sabe *un beso* de tu boca.
Te lo diré en seguida,
pues ya sabes que ansío complacerte,
y mi único placer es darte gusto;
y por tanto, querida,
juzgo que responderte es lo más justo,
y voy á responderte:

Los besos de esa boca tan preciada,
me encienden en amor, me vuelven loco;
pero *un beso*, mi amada,
un beso nada más.... ¡me sabe á poco!

JOAQUÍN MIRANDA.



CHISMES Y CUENTOS

Sr. Mansi:

¡No! No me voy á quejar otra vez de la pérdida de ejemplares, que algunos se han perdido esta semana, y ahí está, digo, ahí estará el paquete de Bujalance, que no me dejará mentir. Lo que voy á participar á V. S., con el debido respeto, es que el Sr. Administrador de Correos de Vigo,

se empeña en no entregar en la estación, como es su deber, los paquetes que van fuera de balija; ya sabe V. lo que es eso.
Y es lo que yo digo; entonces ¿para qué se admiten fuera de balija?
V. S. verá qué hacemos.



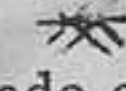
¿De qué le sirve al cautivo
tener cadenas de plata,
si el desgraciado no puede
ni venderlas ni empeñarlas?

L. RODRÍGUEZ CABRERO.



De La Correspondencia:

«Hoy ha sido recibida por S. M. en Audiencia particular, la Embajadora de Alemania Mad. Stuum.»
¡La Embajadora! ¡Caramba! Acabará V. por decir:
«Ayer ha salido de paseo la señora Ministra.»



Otra noticia del mismo autorizado origen:

«El P. Lerchundi se halla actualmente en Urberuaga de Ubilla.»
Vea V.; ¡y yo que estaba intranquilo por no saber dónde paraba el P. Lerchundi:
Y diga V., ¿sabrá V. por casualidad por donde anda ahora nuestro querido amigo el Sr. Gutiérrez?



En Pinto Pantaleón
un puente mandó pintar,
y ordenó telegrafiar
para ver la operación
cuando fueran á empezar.

Ayer recibió un urgente
telegrama muy sucinto
que era del tenor siguiente:
«Panta: Pronto ponte en Pinto
porque Aponte pinta puente.»



Hemos recibido el volumen 6.º de la *Colección contemporánea* de novelas cortas. Contiene este tomo un interesantísimo y melodramático cuento del distinguido escritor D. Juan Tomás Salvany.
Precio: una peseta en las principales librerías.



Ayer llegó de mi pueblo
mi tío Cosme Quijano,
y me suplicó que fuera
á recibir un encargo.

Yo, creyendo que sería
dinero, fui apresurado,
y recibí... una paliza
de parte de mi padastro.

EMILIO GABÁS.



Yo no quiero ir á la gloria
si tú no vienes conmigo...
¡pero tú no podrás ir
por aquello del domingo!

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Mahomet 2.º.—Poco *chic* y poca novedad. Lo que sobra en aquello de *se heziza* el cabello es una *ache*:

Un fuerte.—Pero será en otra cosa, porque lo que es en endecasílabos...
Sr. D. E. A.—Cádiz.—Sí, sí; no necesita V. avisar. Se ve la inexperiencia.

Un capuchino.—¡Qué malos versos! *Bello*, en el sentido de *hermoso*, no se escribe con v. ¡Mal andamos hoy de ortografía!

Julio César.—No pega eso en MADRID CÓMICO. Es de una formalidad aterradora.

Chipelín.—¡Qué diablo! La verdad es que ambas son flojitas.

Un loco.—No, señor, no hay nada.

Maese Ultrineo.—Todo eso de los albums es vulgaridad, y con esa terminación, vulgaridad y media.

Un pobre hombre.—¿Y cómo quiere V. que yo me acuerde ahora de los defectos para detallarlos? ¡Ah! una cosa. Revela ingenio la manera de hacer la pregunta.

Katarro.—Los versos son medianillos. Pero tiene V. razón. ¡Ni Dios fuma!

Sr. D. J. M. L.—Morón.—Sirve; pero ¡caramba! no ha tomado V. poco á pechos lo otro! No era para tanto. Servía sólo para advertirle que no era conveniente escribir siempre con el mismo molde.

Sr. D. R. T.—Valencia.—En efecto, ha adelantado V. mucho, y la forma es fluida y fácil. Cuide un poco más los asuntos.

Escarabajo.—Hombre, tanto como hacer dinero... ¿V. cree que los sáficos valen dinero?

Sr. D. J. H.—Madrid.—Qué quiere V., pero sobre el tema de la elección de carrera se ha escrito tanto, en este mismo periódico por más señas...

Mantequilla.—Esas cositas cortas, ó hacerlas bien ó no hacerlas.

Un recluta.—Tiene algunos defectos que sólo se corrigen trabajando y estudiando mucho.

Prisco.—Para escribir coplitas
á las deidades,
no es preciso decir las
atrocidades.

L. Gante.—¡Pero si no tiene piés ni cabeza! A no ser que hable V. en telegrama...

Pi. To.—Ya sabrán VV. que es imposible contestar á todo el mundo. Si no pedí la firma, señal clara ¡oh dolor! de que los versos no eran publicables.

MADRID, 1888.—Imprenta de Manuel G. Hernández, impresor de la Real Casa, calle de la Libertad, núm. 16.—Teléfono 934

VAGA MELANCOLÍA



—Se ha escapado aquel malvado
que juró ser mi marido...
¡Ay! no se hubiera escapado
si yo no hubiera accedido!

ANUNCIOS

Lit. Espíritu-Santo, 18. Madrid

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL. LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Se publica los domingos y contiene

ARTÍCULOS Y POESÍAS DE NUESTROS PRINCIPALES LITERATOS
Y VIÑETAS Y CARICATURAS DE LOS MEJORES DIBUJANTES

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Estranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

PRECIOS DE VENTA

Un número, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

Las suscripciones empiezan el 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña su importe.

En provincias no se admiten por menos de seis meses.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primero izquierda

Teléfono núm. 2.160

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS, DE DIEZ Á CUATRO

COMPANÍA COLONIAL

PROVEEDORA EFECTIVA DE LA REAL CASA
CHOCOLATES

ACREDITADOS CAFES
28 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

Y PARA SU DIRECTOR

LA CRUZ DE LA LEGIÓN DE HONOR
en la Exposición Universal de Paris de 1878

TES.—TAPIOCA.—SAGU

BOMBONES FINOS DE PARÍS

Depósito general. . . . Calle Mayor, 18 y 20
Sucursal. Montera, 8

Y EN TODAS LAS TIENDAS DE COMESTIBLES DE ESPAÑA

Biblioteca del MADRID CÓMICO

PÓLVORA SOLA

COLECCION DE COMPOSICIONES ORIGINALES DE SINESIO DELGADO

DIBUJOS DE CILLA
FOTOGRAFADOS DE THOMAS, LAPORTA Y VALDÉS

Un elegante tomo de 200 páginas.

PRECIO: TRES PESETAS.—A los libreros y corresponsales, DOS.

COLECCIONES

Cada año, á contar desde 1883, se forma un magnífico tomo, que se vende á los precios siguientes:

Sin encuadernar.—A los suscritores, 8 pesetas.—A los no suscritores, 10 pesetas.—Encuadernado en tela.—A los suscritores, 10 pesetas.—A los no suscritores, 12,50.

ESPAÑA CÓMICA

Álbum de 50 cartulinas, que contienen las crónicas ilustradas de todas las provincias de España. Edición de lujo.—Se pondrá á la venta en el mes de Septiembre, época en que se concluirán los viajes. Se admiten encargos.

PRECIOS

Sin encuadernar.	20 pesetas
Encuadernado en tela.	25
Cartulinas sueltas.	0,50